

ARNO KERSTEN

LAS CONFESIONES
DE HIMMLER

Diario inédito de su médico personal

Traducción de
MARTIN SIMONSON

PASADO & PRESENTE
BARCELONA



PREFACIO

Este libro es un documento excepcional, que revela gran parte de lo que ocurría entre bastidores en la Alemania nazi.

Los datos provienen de mi padre, Felix Kersten, quien tuvo la oportunidad única de conversar a solas sobre todo con el líder de las SS, Heinrich Himmler, pero también con otros muchos dirigentes nazis. Himmler padecía agudos dolores de estómago y Felix Kersten sabía cómo aliviar los síntomas con sus masajes. Desde marzo de 1939, medio año antes de la declaración de guerra, hasta los últimos días de la contienda, Felix Kersten fue el masajista privado del líder de las SS. El 21 de abril de 1945, cuando partió de Berlín en un avión rumbo a Copenhague, para continuar su viaje a Suecia, ya se oía la artillería del Ejército Rojo que estaba atacando la ciudad. Un mes y dos días más tarde, Himmler estaba muerto: había ingerido una cápsula de veneno al ser descubierto por soldados británicos.

A esas alturas, Kersten había pasado cientos de horas en privado con Himmler, tal vez más tiempo que cualquier otra persona aparte de su familia. Kersten se ganó la confianza personal de Himmler gracias a su capacidad para aliviar los dolores del líder de las SS. Himmler, temido por toda Europa, abrió su corazón a mi padre, quien se convirtió en una especie de confesor para él.

Kersten publicó algunas de las cosas que Himmler le contó en forma de libro bajo el título de Memorias de Felix Kersten, que fue publicado por primera vez en 1947. Sin embargo, aquel libro se basaba únicamente en una pequeña parte de un grueso dossier que estaba repleto de anotaciones y documentos secretos que mi padre recopiló durante su tiempo en la Alemania nazi. Por aquel entonces, mi padre opinaba que aún no había llegado el momento de publicar toda esta información comprometedor. Cuando mi padre falleció, hace 56 años, heredé toda la colección de documentos y anotaciones, y he sabido desde el principio que existían muchos materiales que mi padre decidió no incluir en Memorias de Felix Kersten.

Desde entonces han pasado muchas cosas. Muchas de las personas mencionadas han fallecido y quiero pensar que mi padre habría estado de acuerdo conmigo en que solo ahora es el momento de publicar la mayor parte del material que en 1947 —y en sucesivas reediciones de la década de 1950— consideraba demasiado sensible para compartir con el público general. Ahora lo hago en el presente libro. El texto se basa completamente en un estudio meticuloso de diarios, anotaciones y

otros documentos de mi padre. Christer Bergström, experto reconocido internacionalmente de la segunda guerra mundial, ha realizado una revisión exhaustiva del material para comprobar la veracidad de los datos. En ocasiones, al pasar sus apuntes a limpio mi padre se equivocaba de fechas, algo normal en alguien que no es un profesional de la historia, pero estos errores han podido ser enmendados gracias a la revisión de Bergström.

Mi padre tomó apuntes en secreto de las conversaciones que mantuvo con los líderes nacionalsocialistas mientras los trataba. Guardaba un pequeño cuaderno y un lapicero en uno de los bolsillos del traje verde de caza que casi siempre llevaba durante los años de la guerra. Estaba cómodo y relajado con este tipo de ropa. Cuando no trabajaba, mi padre siempre llevaba trajes parecidos y para mí era normal verlo vestido de esa manera.

Como es natural, a Felix le preocupaba que Reinhard Heydrich, el jefe de la Gestapo, pudiera enterarse de que tomaba esos apuntes. Podría considerarse como una actividad hostil y Felix sabía muy bien que Heydrich quería deshacerse de él. El problema era que Heydrich no sabía de qué hablaban Felix y Himmler, y le preocupaba que aquel pudiera ejercer su influencia sobre este en un sentido no deseado por Heydrich. Cada cierto tiempo le llegaba información de que determinados prisioneros habían sido perdonados o incluso puestos en libertad, y sospechaba que aquello tenía que ver con los encuentros entre Felix y Himmler.

Un día, de repente, Himmler dijo a Felix que se había enterado de que tomaba apuntes y quiso saber qué escribía. Felix se asustó pero se dio cuenta de que era mejor contar la verdad: «Estoy apuntando las conversaciones que mantengo con usted y sus colaboradores, señor Reichsführer». Himmler contestó: «Muy bien, señor Kersten. Continúe así, será usted el único que sepa lo que ha ocurrido aquí cuando cambiemos la historia del mundo. Después podrá contar cómo fundamos el Gran Imperio Alemán».

Naturalmente, esta actitud positiva de Himmler fue un alivio para mi padre. Desde aquel día se sentía más tranquilo y ya no tenía por qué temer tanto a Heydrich. Sin embargo, todavía no estaba del todo seguro, así que siguió tomando sus apuntes en secreto justo después de las sesiones de tratamiento de Himmler.

Posteriormente, cuando mi padre regresaba a su casa de Berlín o Hartzwalde, dictaba sus apuntes a Elisabeth Lüben, pero de manera más detallada. Elisabeth Lüben era una de las pocas personas en las que confiaba plenamente. Después se guardaban esos apuntes, junto con otros documentos secretos, en un escondite especial bajo el suelo del sótano de Hartzwalde. En 1943, cuando mi padre viajó a Suecia por primera vez, llevó consigo estos apuntes y documentos, disfrazándolos de correo especial (correo diplomático), a Estocolmo. En el Banco de Escandinavia de la plaza de Gustavo Adolfo alquiló una caja de seguridad lo suficientemente grande para que cupiera la maleta. A partir de entonces, cada vez que visitaba Estocolmo introducía nuevos documentos y reliquias familiares en la caja de seguridad. A esas alturas, Felix ya sabía que lo más probable era que Alemania perdiera la guerra.

Comenzó entonces a hacer planes para trasladarse a Suecia y sus amigos le ayudaron a encontrar un piso en Estocolmo.

Los colaboradores de Himmler se acostumbraron a ver a este extranjero un poco corpulento y vestido de paisano, que entraba y salía de las oficinas del Reichsführer SS. Naturalmente, se preguntaban de qué hablarían Himmler y él, pero nadie lo sabía. Con el tiempo, el ambiente entre Felix y los colaboradores de Himmler se volvió tenso, y algunos mostraron abiertamente su aversión hacia él. Sin embargo, el respeto y sobre todo el miedo al poderoso líder mantuvo las hostilidades abiertamente expresadas en un nivel aceptable para Felix. Cuando en alguna ocasión las mencionaba a Himmler, este no les daba importancia. Sin embargo, Felix sabía que no podía bajar la guardia y medía sus palabras con esmero. Evitaba expresar opiniones privadas ante personas que no conocía entre los muchos visitantes que siempre hacían cola para reunirse con el Reichsführer.

Felix solía tratar a Himmler en series de sesiones. Normalmente, el líder de las SS tardaba entre dos y cuatro semanas en desprenderse de los dolores y sentirse recuperado. Cuando esto sucedía, Felix lo dejaba para regresar a Berlín o a Hartzwalde para dedicarse a sus otros pacientes. Durante estos períodos, diferentes personas acudían a él para pedirle ayuda. Podía tratarse de alguien que había sido encarcelado y esperaba un juicio sumario con la condena ya decidida de antemano, independientemente de las circunstancias reales. Las personas políticamente incómodas eran enviadas a los campos de concentración sin juicio previo. Muchas desaparecían sin más y las familias nunca se enteraban de qué había sido de ellas.

En el círculo social de mi padre, muchos sabían que podía aprovechar sus encuentros con Himmler, y su influencia sobre él, para tratar de conseguir la libertad de personas atrapadas en la red nazi. Muchos se dirigían directamente a Felix para pedirle que ayudase a una determinada persona en apuros. Felix anotaba sus nombres y cuando volvía a tratar a Himmler esperaba hasta que se presentaba un momento adecuado para pedir «un favor» al dirigente nazi. Sin embargo, antes de hacerlo siempre pedía al secretario personal de Himmler, Rudolf Brandt, que investigara el caso y, a poder ser, le pasara el dossier de la persona en cuestión. Era importante conocer de primera mano en qué consistían las acusaciones.

Cuando se presentaba una ocasión propicia, mi padre sacaba el caso a colación y preguntaba inocentemente a Himmler si podría hacerle un favor personal. Cuando Himmler tenía dolores intensos solía mostrarse muy agradecido a Felix y por lo general accedía a cumplir sus deseos si se trataba de alguien «normal». Sin embargo, cuando Felix solicitaba la puesta en libertad de una persona de origen judío solía resultar imposible. En esas ocasiones, Himmler a menudo no quería ni hablar del tema. Allí, al parecer, terminaba su buena voluntad. En varias ocasiones, cuando mi padre intentaba poner en libertad a familias judías de su círculo social, se topaba con una total intransigencia por parte de Himmler.

A principios de la guerra, Himmler y Hitler tenían sus estados mayores cada uno en un tren distinto, en diferentes lugares secretos. Pocas personas sabían dónde se encontraban estos trenes. Más tarde se decidió establecer un cuartel general permanente cerca de Rastenburg, en la Prusia Oriental, conocido como «la Guarida del Lobo». El tren de Himmler se encontraba a una distancia razonable del lugar y solía ir en coche hasta el tren de Hitler para reunirse con él durante unas horas por las noches.

Felix era la primera persona en encontrarse con Himmler por las mañanas. Comenzaba su tratamiento a las diez todos los días. Después, Himmler tomaba su desayuno mientras Brandt le informaba sobre los acontecimientos del día.

Si mi padre no recibía órdenes de Himmler de tratar a alguno de los colaboradores visitantes, tenía el resto del día libre. Las largas estancias en el tren, en medio de un bosque y rodeado de gente hostil, se hacían muy pesadas y Felix no acababa de acostumbrarse a aquella situación surrealista. Tenía permiso para hacer dos llamadas diarias por teléfono: una a su familia en Hartzwalde y otra a Elisabeth Lüben en su consulta de Berlín. El comandante del tren, Sepp Tiefenbacher, le obligaba a usar solo el alemán mientras hablaba; si no, se cortaba la llamada.

En mi opinión es importante que todas las personas que no tuvieron que vivir aquellos terribles años, cuando Europa entera estaba a merced de una persona parcialmente enajenada, conozcan las actitudes de los líderes nazis y sus sueños de una futura sociedad nacionalsocialista. Nunca antes unos líderes políticos habían mostrado semejante desprecio por las personas tan abiertamente; nunca antes un líder había llevado a cabo la erradicación de un grupo étnico entero de manera tan sistemática. Esta incomprensible tragedia humana nunca debe repetirse, por lo que resulta importante entender cómo un asesino de masas como Himmler y sus colaboradores razonaban y qué opinaban de sí mismos.

Después de la guerra se crearon diversas comisiones para esclarecer los esfuerzos humanitarios de Felix Kersten durante el conflicto. La última evaluación fue efectuada por el Dr. Shmuel Krakowski, que fue el director, entre 1978 y 1993, del archivo de Yad Vashem, el centro mundial de investigación y estudios sobre el Holocausto. Sus conclusiones acerca de Felix Kersten son estas:

Gracias al acuerdo entre Felix Kersten y Heinrich Himmler, se consiguió lo siguiente:

- *Las instrucciones de Hitler de volar los campos de concentración, con todos los prisioneros, fueron incumplidas por la negativa de Himmler a seguir las órdenes.*
- *Todos los campos de concentración recibieron órdenes de entregarse de manera pacífica a las fuerzas aliadas.*
- *Se emitieron órdenes de dejar de matar a prisioneros judíos inmediatamente.*

- *La evacuación de los campos, y las marchas de la muerte asociadas a ella, terminaron.*
- *Gracias al acuerdo entre Felix Kersten y Himmler, se salvaron alrededor de ochocientos mil prisioneros de diferentes campos de concentración, entre ellos unos sesenta y tres mil judíos. Los campos afectados por el acuerdo fueron Bergen-Belsen, Dachau, Flossenbug y Mathausen.*

En señal de gratitud, varias naciones han honrado a Felix Kersten con reconocimientos de primera clase. Sin embargo, los países que más se beneficiaron de su ayuda —Suecia, Dinamarca, Noruega y Alemania— siguen sin mostrar públicamente su agradecimiento.

En noviembre de 1941, Ryti, el presidente de Finlandia, nombró a Felix Consejero de Medicina en señal de sus esfuerzos por su patria (Felix era ciudadano finlandés). Además fue nombrado Caballero de la Rosa Blanca de Finlandia. Asimismo fue honrado por otros países, que le distinguieron con:

- *La Gran Cruz de Honor de Oro de la Cruz Roja de los Países Bajos*
- *Comendador de San Mauricio y San Lázaro de Italia*
- *La Cruz de Caballero de la Corona de Italia*
- *Comendador de la Orden de Oranje-Nassau de Holanda*
- *La Medalla de Plata de la Cruz Roja de Suiza*

Quiero expresar mi gratitud a Hendrijke Hedlund, que me ha ayudado a interpretar los manuscritos en alemán, y a Martin Månsson, Daniel Johansson y Christer Bergström que han tenido la amabilidad de prestarme sus fotografías para el libro. Además, han ayudado de manera considerable en el proceso de publicación. También quiero dar las gracias a mi familia, en especial a mi esposa Christina, quien me ha apoyado con paciencia a lo largo de los muchos años de trabajo en el presente libro.

ARNO KERSTEN

Hälleforsnäs, 17 de febrero de 2016

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
<i>Introducción</i>	13
1. FELIX KERSTEN	17
2. EL REICHSFÜHRER-SS HEINRICH HIMMLER	37
3. EL GRAN IMPERIO ALEMÁN	59
4. LOS JUDÍOS	119
5. LOS CATÓLICOS Y LOS MUSULMANES	191
6. LA NUEVA EUROPA	283
7. HITLER TIENE SANGRE JUDÍA	339
8. LOS CAMPOS DE LA MUERTE	427
<i>Breves biografías</i>	463
<i>Glosario</i>	471
<i>Rangos militares</i>	473
<i>Documentos</i>	475
<i>Índice onomástico</i>	503